

bajar al meson, y unos cuantos dispersos que reunieron algunos oficiales pundonorosos.»

Las pérdidas de los republicanos respecto al número de gente, fueron considerables, pasando la cifra de los prisioneros que los imperialistas les hicieron, de seiscientos. Sólo en el punto de la hacienda del Jacal, segun el parte dado por el general republicano D. Manuel Marquez al segundo en jefe Don Ramon Corona, sufrieron una baja de cuatrocientos treinta hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. «La desmoralizacion que se apoderó de la tropa,» añade el mismo general en el expresado parte, «viendo desbandarse las divisiones de Michoacan y Jalisco, hizo imposible toda resistencia.»

El emperador Maximiliano, acompañado del coronel D. Agustin Pradillo que era su único oficial de órdenes, del general D. Manuel Ramirez de Arellano, del coronel D. Miguel Lopez, del principe de Salm Salm, y escoltado por el escuadron de húsares se dirigió al Cimatario.

1867. La gente del pueblo sale de la ciudad llena
Abril. de placer y recorre las alturas recogiendo un considerable número de víveres de los que los sitiadores habian abandonado en las líneas que les habían sido tomadas. Todos vuelven á sus casas con los despojos tomados, y vuelven á salir para hacerse de nuevos objetos.

El emperador entre tanto, montado en un arrogante caballo, recorría el campo de batalla. Las tropas, llenas de entusiasmo por el triunfo alcanzado, le recibieron con prolongados vivas. En toda la línea imperialista se tocaba *diana*, que es el toque de triunfo entre los mejicanos; y todas las campanas de las iglesias de Querétaro anuncia-

ban con sus incesantes repiques que los sitiados habian alcanzado una victoria sobre los sitiadores.

Maximiliano pasó á caballo por las posiciones quitadas por sus tropas á los republicanos: visitó la hacienda del Jacal, donde permaneció algunos instantes, y volvió hácia la Casa Blanca en animada conversacion con el comandante general de artillería D. Manuel Ramirez Arellano. El general Miramon, al ver llegar al emperador, se quitó el quepi, y dirigiéndose á sus tropas exclamó con entusiasmo: «¡Soldados! ¡Viva su majestad el emperador!» Todo el ejército repitió ese grito con frenesí.

Maximiliano, profundamente conmovido con aquella demostracion de cariño, y contento del éxito que habia tenido la salida, se dirigió al general Miramon, y le dijo dejando ver en su semblante una sonrisa no ménos afable que majestuosa: «General, os felicito por este brillante triunfo.» D. Miguel Miramon dió modestamente las gracias al soberano por la felicitacion, y presentándole en seguida al general D. Ramon Mendez, añadió: «Señor, en esta batalla el general Mendez se ha portado como siempre.» El general Mendez saludó respetuosamente al emperador.

Nada hubiera podido impedir en ese día á Maximiliano y su ejército haber salido de Querétaro con toda su artillería y pertrechos de guerra, y dirigirse hácia donde juzgasen más conveniente para continuar la campaña.

1867. En esto están de acuerdo los imperialistas
Abril. que han hablado sobre aquel suceso. El subteniente de artillería D. Alberto Hans en su obra *Querétaro*, dice: «Si el emperador hubiera querido ponerse

fuera de peligro, ó aun mandar desocupar Querétaro á todas sus tropas, comprendida la artillería, habría encontrado entonces una magnífica ocasion.» El príncipe de Salm Salm, en sus *Memorias*: «Apenas habíamos sufrido pérdidas y el fin de nuestro ataque se cumplió del modo más glorioso. Nada nos impedía abandonar la ciudad, pues necesariamente algunas horas habian de pasar antes que Escobedo pudiera enviar nuevos refuerzos de las líneas frente y al rededor de la ciudad.»

Esto viene á poner de manifiesto que el plan propuesto á mediados del mes anterior por el general D. Leonardo Marquez al emperador, de abandonar la ciudad saliendo de ella con toda la artillería, municiones y cuantos elementos de guerra habia en la plaza, no era impracticable; y que en la junta de guerra celebrada el 20 de Marzo no hubo acierto al desecharlo. Cuando fué propuesto el plan por el general Marquez á Maximiliano, tenían los sitiadores diez mil hombres ménos, no habían fortificado aun sus posiciones, ni tenían circunvalada por completo la ciudad, y no se había disminuído la fuerza de los sitiados con los mil doscientos hombres que llevaron Vidaurri y Marquez á la capital, ni con las bajas tenidas en las diversas salidas verificadas desde entonces por los sitiados.

Pero volvamos á los hechos verificados el día 27 de Abril en que el ejército imperial, arrojando de la fuerte posicion del Cimatarío á los sitiadores, celebraba entusiasmado su triunfo.

Mientras el emperador veía con satisfaccion el buen éxito que para su causa había tenido el principio del plan de su bravo general D. Miguel Miramon, y se disponía

éste á continuar hasta darle completa cima, el segundo general en jefe republicano D. Ramon Corona, comprendiendo que no había momento que perder si se quería evitar el triunfo completo de sus contrarios, se dirigió en su más ligero caballo al cuartel general del Norte, en solicitud de las reservas. Al pié del cerro de la Cantera encontró al general D. Mariano Escobedo, le hizo saber el terrible desastre sufrido, y le suplicó que le dejase mo-

1867. ver todas las reservas. El general en jefe puso

Abril. inmediatamente bajo sus órdenes al coronel

D. Juan C. Dória con su cuerpo de *Cazadores de Galeana* y al general Diaz de Leon con el batallon de *Cazadores de San Luis*, haciéndole saber además que ya había hecho llamar al general D. Sóstenes Rocha con otras reservas, y que unos momentos despues estaria en marcha para aumentar sus columnas.

Todas las reservas del cuerpo de ejército del Norte se dirigieron inmediatamente en auxilio de las tropas que se habían retirado en desórden, y describiendo un gran semicírculo, cuyo accidentado terreno y las alturas ocultaban completamente el movimiento, llegaron tras del Cimatarío sin ser vistos.

En los momentos en que el emperador bajaba de lo alto del Cimatarío hácia la ciudad hablando con el general don Manuel Ramirez Arellano, y cuando D. Miguel Miramon formaba sus tropas en la Casa Blanca, el jefe de la escolta de caballería, encargado de conducir á Querétaro los carros de víveres y municiones quitados á los republicanos, se presentó al general Arellano diciéndole que una columna de caballería contraria, como de trescientos hombres, aca-

baba de arrebatarle el convoy, dispersando á su gente.

Ninguna importancia dieron ni el emperador ni el general Arellano á la aparicion de trescientos ginetes en las alturas; pero como las municiones de boca y guerra, de que escaseaba la plaza, eran de inapreciable valor para los sitiados, Maximiliano envió al *Regimiento de la Emperatriz* para que las recobrase, pues juzgó suficiente aquella fuerza para conseguir el objeto. El regimiento partió en la direccion que se le indicó, llevando á la cabeza de él á su coronel Gonzalez. Al descubrir á los ginetes republicanos, el jefe imperialista formó su gente y mandó dar la carga. Los republicanos, desplegados en tiradores, se prepararon á resistir el choque. El regimiento de la Emperatriz, se lanzó con impetuoso brío sobre sus contrarios: éstos, armados de rifles norte-americanos de diez y seis tiros, les reciben con un fuego mortífero, y abriéndose en seguida, dejan ver tras de sí varios cuerpos de infantería con armas de igual calidad que avanzaban rápidamente. Eran una parte de las reservas

1867. Abril. enviadas por el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo, conducidas por valientes jefes. Las primeras filas de los dragones del regimiento de la Emperatriz fueron destrozadas por la lluvia de balas lanzadas sobre ellas, y el resto diezmado en cortos instantes. Viendo el coronel Gonzalez que era insostenible la lucha, emprendió la retirada. Al emprender este movimiento, la caballería republicana partió en alcance de sus contrarios y mató al portaestandarte del *Regimiento de la Emperatriz*. El estandarte iba á caer en poder de los ginetes liberales; pero el coronel Gonzalez, haciendo frente á sus

adversarios, logró salvarlo, continuando en seguida la retirada.

Los dragones de la Emperatriz, acosados por la fuerza que iba en seguimiento de ellos, no pudieron reunirse sino despues de haber llegado á la *Casa Blanca*. Hubo escuadron que perdió cuarenta hombres.

Viendo el general Don Miguel Miramon formada y triunfante á la caballería republicana en las alturas del Cimatario, dispuso que los cuerpos 2.º y 4.º de lanceros se dirigieran hácia la izquierda de aquella con el fin de flanquearla, mientras algunos batallones, marchando de frente, se dirigían á tomar las alturas. El general Miramon ignoraba, como todos los de la plaza, que las reservas enviadas por el general Escobedo, llegaban, sin haber sido vistas, con objeto de recobrar las posiciones perdidas.

No bien destacó el general Miramon los expresados cuerpos para batir á la caballería republicana formada en el Cimatario, cuando notó que una division, perteneciente tambien á las fuerzas sitiadoras, llegaba por el lado del Cerro de las Campanas con la mira de ocupar de nuevo el Cimatario ó de amenazar la derecha de los imperialistas. En vista de esto, hizo que el general Don Ramon Mendez marchase inmediatamente con dos batallones y los dragones de la Emperatriz á detener á sus contrarios.

Las reservas republicanas, enviadas por el general Don
1867. Abril. Mariano Escobedo, aparecieron pocos instantes despues en el Cimatario, disponiéndose á ocupar de nuevo las lineas de circunvalacion. Viendo que

las tropas imperiales tomaban la iniciativa, formaron en batalla y esperaron á pié firme á sus contrarios. Entre los cuerpos republicanos que aguardaban serenos á los imperialistas que avanzaban hácia ellos, se encontraba el de «Cazadores de Galeona», armado de rifles norte-americanos de diez y ocho y diez y seis tiros; cuerpo de gente denodada, y cuyo coronel Don Juan C. Doria, reunia al valor, la caballerosidad y la instruccion.

En el momento en que las tropas imperialistas se aproximaron á sus contrarios, el expresado cuerpo de «Cazadores de Galeana», rompió un nutrido y destructor fuego sobre ellas. Pronto la lucha se hizo terrible. En aquellos instantes llegó al sitio del combate el general republicano Naranjo con sus escuadrones. Poco despues se presentaron tambien los generales Guadarrama y Tolentino con tres mil ginetes. En lo mas comprometido del combate, cuando la victoria se mostraba indecisa, se presentó el general Don Sóstenes Rocha á la cabeza del batallon «Supremos Poderes», saliendo á disputar el paso al general imperialista Don Miguel Miramon que subia á paso veloz las colinas del Cimatario. La lucha se hacia cada vez más sangrienta. Los rifles de diez y seis tiros hacian estragos en las filas imperialistas. El número de víctimas crecia por instantes, y las fuerzas republicanas se aumentaban con nuevos cuerpos que llegaban al campo de batalla.

El general republicano Don Sóstenes Rocha, con el fin de que no faltasen las municiones á sus soldados, envió á uno de sus ayudantes á que hiciese saber al general Don Ramon Corona su deseo. Como la peticion debia transmitirse al general en jefe Don Mariano Escobedo, su se-

gundo dió esta comision á Don Ignacio Altamirano, distinguido abogado y literato que habia dejado á un lado la pluma para empuñar la espada en defensa de las instituciones republicanas, y que era coronel de uno de

1867. los cuerpos del Sur. Don Ignacio Altamirano, sintiendo retirarse del peligro en los momentos más supremos, contestó de la manera más respetuosa al general Corona en los siguientes términos: «Me es muy penoso separarme de este lugar á la hora del combate: cualquiera otra comision que no me aleje del peligro la cumpliré en el acto.» Don Ramon Corona, que apreciaba mucho al distinguido literato y que vió en su respuesta su amor á la causa que defendia, le tendió la mano con efusion de aprecio, y envió á otro individuo á desempeñar la comision.

Entre tanto la lucha seguia cada vez más terrible. El general Don Miguel Miramon, viendo que sus heróicos esfuerzos eran inútiles, y que sostener el combate por más tiempo daría por resultado la completa destruccion de sus tropas, mandó á los batallones retroceder en buen orden, paso á paso, sosteniendo el fuego en retirada. Los republicanos, al notar el movimiento retrógrado de sus contrarios, se lanzaron sobre ellos, acosándoles terriblemente, particularmente la numerosa caballería que encontraba campo donde obrar libremente. Al ver avanzar á las fuerzas republicanas en persecucion de las imperialistas que se retiraban, rompieron el fuego sobre las primeras las baterías situadas en la Alameda y en el camino de Casa Blanca. Sin embargo de esto, la retirada se convertia casi en derrota al volver las tropas imperiales á

Querétaro por la Casa Blanca, y los republicanos, siguiéndoles de cerca, amenazaban penetrar en la línea con los rezagados. Para evitar esto, el general Don Manuel Ramirez de Arellano, que se hallaba en aquel punto con algunas piezas de artillería, dirigió en persona un vivo fuego de metralla sobre los primeros grupos de las fuerzas liberales que casi llegaban confundidos con los últimos de los imperialistas. Este fuego, unido al que hacían las baterías de la Alameda y del Camino de Casa Blanca, detuvo al fin á los batallones republicanos, y les obligó á

1867. retroceder atrás de sus antiguas paralelas que
Abril. los imperialistas no habían tenido tiempo para destruir.

Obligadas las fuerzas republicanas á retroceder, se fué restableciendo el orden en los batallones imperialistas, que poco después volvieron á la Cruz y á los respectivos puntos que ocupaban en las líneas de defensa de la plaza.

Grandes fueron las pérdidas de gente que en este ataque dado por las reservas republicanas tuvieron los imperialistas; pero, sin embargo de esto, estaban altamente contentos por el éxito de la jornada. La vista de las veintiuna piezas de artillería colocadas en línea en la plaza de la Cruz, así como otros objetos de guerra quitados á los sitiadores; las provisiones y los animales introducidos en la ciudad; el largo paseo dado por las alturas que habían estado ocupadas la víspera por diez mil hombres de los contingentes de Michoacan, Jalisco y Colima, y los seiscientos prisioneros hechos á sus contrarios, les hacía ver el hecho de armas como una importante victoria.

Las fuerzas republicanas recobraron su línea á las once

de la mañana, volviendo á quedar la ciudad estrechamente cercada.

Los imperialistas, con el éxito alcanzado en la salida de aquel día, abrigaban la convicción de que podrían pasar por la línea de los sitiadores siempre que lo intentasen.

El emperador Maximiliano, satisfecho del éxito de la jornada, y juzgando seguro el triunfo sobre los sitiadores efectuando otros ataques semejantes al del Cimatario, como estaba dispuesto, dirigió una carta el 29 de Abril, dos días despues de la accion, al ministro de gobernacion D. José María Iribarren, contestando á las cartas escritas por este el 15 y 17. El emperador le daba cuenta en ella de la victoria alcanzada, y le decía que acaso pronto se hallaría en disposicion de ir con sus tropas en auxilio de

1867. la capital. Los párrafos en que Maximiliano
Abril. se ocupaba de ese asunto decían así: «Hemos recibido vuestras cartas de 15 y 17 del corriente en que me avisais el buen estado de defensa en que se encuentra esa capital, y las seguridades de conservarla sin ningun peligro.

»Anteayer ordenamos al bravo Miramon atacar á la línea enemiga establecida en el Cimatario, defendida por diez mil hombres con veinte piezas de artillería. Una hora bastó á nuestros soldados para derrotar esos diez mil hombres, quitándoles las veinte piezas, haciéndoles más de quinientos prisioneros, y dispersando el resto de esa numerosa fuerza.

»Acaso muy pronto obligaremos á los sitiadores á levantar su campo, derrotándolos por completo, y en se-

guída marcharemos en auxilio de nuestra querida capital.

»Importa, pues, y jamás os lo recomendaré bastante, que esa plaza se sostenga enérgicamente; que se aumente sin descanso su material de guerra; y que se ponga en estado de bastarse á sí misma y de resistir por largo tiempo.»

Las esperanzas del emperador en obligar á los sitiadores á levantar el campo, eran, como se ve, grandes.

Los republicanos, á su vez, levantaban nuevas obras de fortificación para encerrar á sus contrarios en un círculo de cañones y de bayonetas.

Los sitiados meditaban nuevos planes para apoderarse de los puntos más importantes ocupados por los sitiadores.

Ambos ejércitos se preparaban á nuevos combates.

Los hechos nos dirán por quién de los dos se declaró la fortuna.

CAPÍTULO XVIII.

Continúa el sitio de Querétaro.—Hacen una salida los sitiados el 1.º de Mayo á las órdenes del coronel Rodríguez.—Muere éste en la acción y son rechazados los imperialistas.—Algunas palabras dando á conocer al coronel Rodríguez.—Hace una salida Miramon el 3 de Mayo atacando el cerro de San Gregorio, y se retira á la ciudad con bastantes pérdidas.—Se publican en Querétaro algunas noticias falsas, anunciando la próxima llegada de Marquez, para reanimar el espíritu de la tropa.—Severo bando publicado en Querétaro para que los que tenían semillas escondidas, las mostrasen.—Subordinación y modestia del soldado mejicano.—Dan los sitiadores un ataque á la plaza en la noche del 5 de Mayo, y son rechazados.—Carta de Maximiliano á Marquez, dictada por el general Arellano.—Circunstancias que obligaron á Maximiliano á firmar esa carta.—Maximiliano condecora el día 10 á varios individuos del ejército.—Muerte del teniente coronel imperialista Cevallos: algunas palabras respecto de sus bellas cualidades.—En junta de generales verificada el día 11, se dispone romper el sitio.—El general imperialista Mejía hace un llamamiento al pueblo de Querétaro.—Acuden á tomar las armas mucha gente del pueblo, pero se carecía de los fusiles necesarios.—Informe presentado al emperador por sus principales generales, dándole cuenta de la situación que guardaba la plaza.—Se dispone por los sitiados que la salida de la plaza se verifique en la madrugada del 15.—Don Miguel Lopez entra en secretas conferencias con los sitiadores para entregar la plaza, cuyo principal punto estaba encomendado á él.—Entrevista de D. Miguel Lopez con el general sitiador D. Mariano Escobedo, para entregar el punto de la Cruz.—Entrega Lopez el punto de la Cruz al amanecer del 15 de Mayo.—Entra en la Cruz el general republicano Velez.—Don Miguel Lopez trata de salvar la persona del emperador y le avisa que el punto ha sido tomado.—Serenidad de Maximiliano.—Sale Maximiliano de su alojamiento con algunos de los jefes de su ejército, resuelto á defenderse.—Reune en el cerro de las Campanas una corta fuerza.—Se unen á él Mejía y otros generales.—Maximiliano espera á Miramon.—Es herido éste.—Toda la artillería republicana rompe sus fuegos sobre el cerro de las Campanas.—Maximiliano envía un parlamentario al general sitiador Escobedo.—El emperador Maximiliano se rinde.—Dignas palabras de Maximiliano al rendirse.—Es conducido al convento de la Cruz.—Regala Maximiliano su caballo al general republicano D. Vicente Riva Palacio.—Los prisioneros hechos en los momentos de haber sido ocupado el punto de la Cruz por los republicanos, son llevados á Paté.—Conducta noble del teniente coronel republicano Castañeda y de sus oficiales con los prisioneros.—Vuelven estos á ser llevados á la Cruz.—Muere batiéndose heroicamente el coronel imperialista Santa Cruz.—Muere, víctima de una venganza personal, el coronel imperialista Campos.—Es aprehendido el general Mi-